

capitalismo global (2007).¹² Allí se presentan distintas posiciones acerca de esta evolución epistémica para pensar con herramientas teórico-metodológicas diversas. Este giro implicó un nuevo giro lingüístico (semiosis social), un reconocimiento a los estudios culturales (desenlazar, contextualismo radical), pero sobre todo propone desplazar el eje de la significación hacia la hechura verbal (historia y literatura)

y sugiere una relación más creativa con los archivos de la historia y relatos sacralizados, recuperando la cuestión del color, desde la negritud con Fanon,¹³ y la valorización de la independencia de Haití. Es decir, el quehacer intelectual se vuelca hacia un rastreo más inmanente entre la hechura verbal y la articulación histórica, posibilitando y dando apertura a nuevas investigaciones que nos permitan desoccidentalizar y descolonizar el conocimiento pluriversal de América Latina. Y no quiero olvidarme de las producciones de los feminismos de color, los trabajos de Anzaldúa y de la María Lugones –conectada con Quijano con su propuesta de la colonialidad del género–.

Filosofía
latinoamericana (o
nuestroamericana)



Considero que el interés central se encuentra en las tensiones existentes entre la inscripción epistemológica del sujeto, en una determinada estructura disciplinaria, y su inscripción hermenéutica en un contexto social en el cual su etnia, su sexo o su clase social, entran en conflicto con las normas y las convenciones del juego disciplinario, siguiendo a Mignolo.¹⁴

Hasta aquí algunas de las puntas que se pueden vislumbrar sobre las evoluciones de la filosofía latinoamericana a una episteme otra. Los objetivos y las preocupaciones siguen siendo las mismas: la independencia epistémica para la construcción de conocimientos y saberes otros de un nosotrxs los latinoamericanxs para la transformación de un mundo más justo.

¹² Castro Gómez, S. – Grosfoguel, R. (editores), *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*, Bogotá, Siglo del Hombre Editores, 2007.

¹³ De Oto, A., “La analogía colonial”, en *Tabula Rasa*, N° 29, 2018, pp. 11-18; Maldonado-Torres, N., “Sobre la colonialidad del ser: contribuciones al desarrollo de un concepto”, en Castro-Gómez, S. – Grosfoguel, R. (editores), *El giro decolonial*, op. cit., pp.127-167.

¹⁴ Mignolo, W., “La opción de-colonial: desprendimiento y apertura. Un manifiesto y un caso”, en *Tabula Rasa*, N° 8, 2008, pp. 243-281.

Filosofía latinoamericana.

O sobre la impugnación como riesgo y posibilidad

ALBERTO STANISCA

(INSTITUTO DEL PROFESORADO ESPÍRITU SANTO - UNIVERSIDAD NACIONAL DE SAN MARTÍN - UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES)

I

Pareciera ser que la tarea de pensar en torno a la filosofía latinoamericana no puede siquiera iniciarse si no justifica antes su propia validez. La tarea, aparentemente, nace ya impugnada.¹ Incluso el tema mismo de lo pensado presenta sus reparos. Algunos años atrás, José Santos Herceg se preguntaba en un artículo: ¿qué se dice cuando se dice “filosofía latinoamericana”? Su conclusión fue que a lo largo de la historia la expresión había adquirido por lo menos cuatro significados, según se considerara: el fin perseguido, el contenido estudiado, el lugar donde se producía la obra o el sujeto que filosofaba. No me interesa discutir acá cuál es el verdadero sentido de dicha expresión –si es que realmente existe semejante discusión–, sino mostrar que el objeto sobre el cual recae el planteo es en sí un tanto volátil, incómodo y, tal vez, imposible de abordar.

Pero esto no es todo. La misma expresión, por sí, tiene sus detractores, pues: ¿hasta qué punto la fórmula “filosofía latinoamericana” remite con justicia al *hecho* filosófico latinoamericano?

¹ Emplearé el término “impugnación” (y afines), no en sentido técnico jurídico, sino en su uso laxo como sinónimo de “objeción”, “rechazo”, “negación”, etcétera.

En términos simples: ¿es *filosofía* la filosofía latinoamericana? ¿es *latinoamericana* la filosofía latinoamericana? La primera cuestión, desde luego, supone algún tipo de *canon* al cual ajustarse y, por consiguiente, varios interrogantes: ¿es eso en verdad filosofía? ¿No deberíamos llamarlo “pensamiento”, “ensayo” o “literatura”? Y por otro lado está *lo latinoamericano* de la filosofía. ¿Qué significa ser latinoamericano? ¿Tenemos una identidad latinoamericana? Es más: ¿existe América Latina? ¿Existió alguna vez? Y ¡cuidado!: decimos “América Latina” en voz baja, casi distraídos, como esperando que nadie se detenga ahí porque, para ser franco, tampoco hay unanimidad al respecto. ¿América Latina? ¿Por qué no “Iberoamérica”, “Nuestra América” o “Abya Yala”?²

El colmo del mentís, sin embargo, no pasa por este o aquel aspecto de la filosofía latinoamericana, sino por la puesta en cuestión de su misma existencia. La bibliografía sobre la temática es incalculable. El debate Zea-Salazar Bondy conforma ya un clásico en la materia, así que omitiré cualquier comentario innecesario. Lo que me interesa subrayar es que la controversia respecto a la filosofía en América Latina de una u otra forma remitió y remite a la presencia o no de una filosofía de América Latina. La disputa, en el fondo, más que sobre la *entidad* gira en torno a la *originalidad*. El detalle no es menor, puesto que lo que subyace al planteo es la posibilidad de que nosotros, en tanto latinoamericanos, estemos desprovistos de las condiciones necesarias para filosofar, condiciones que, según la época, el contexto y los intereses de quien juzga, han ido desde el lugar geopolítico ocupado por América Latina en el orden mundial hasta algún tipo de conformación biológico-racial maltrecha.

Las objeciones son innumerables y aunque no todas tienen hoy igual fuerza y vigencia, que una revista convoque a pensar sobre ellas –entrados más de veinte años en el siglo XXI–, es la muestra de que algo de esto aún nos seduce e inquieta.

II

² Respecto a los nombre de América, nunca será excesivo recomendar el ya clásico libro de Miguel Rojas Mix *Los cien nombres de América. Eso que descubrió Colón*, Barcelona, Lumen, 1991. Por otro lado, la expresión “Abya Yala” –que en lengua cuna significa “tierra madura”, “tierra viva” o “tierra que florece”– es empleada en la actualidad por varios pueblos originarios para autodesignarse y en oposición al término “América” que consideran –con justicia, por cierto– fruto de la opresión.

Los reproches, sin embargo, no se limitan al “tema” de la reflexión. La especulación en torno a la filosofía latinoamericana también es blanco de impugnaciones. Y esto en gran medida porque el propio objeto mina la especulación.

Es claro que desdoblé artificial y caprichosamente a la filosofía latinoamericana en dos dimensiones: como “tema” y como “tarea” de reflexión sobre el “tema”; y lo que mostré son algunas de las polémicas que presenta dicha filosofía en la primera de las dimensiones. Sin embargo, aquí la segunda reflexión (la “tarea”) no puede permanecer inmune, debido, entre otras razones, a que semejante reflexión mantiene siempre abierta la posibilidad de retomar esas polémicas y, por consiguiente, de dar lugar a todas las voces en disputa, incluso a aquellas que niegan el objeto (el “tema”) de la discusión.

Hay entonces un hecho paradójico: fomentar el debate en torno a la filosofía latinoamericana es también un modo de habilitar las condiciones que viabilizan su anulación. En nombre de la libertad y del valor de la pluralidad, por ejemplo, podríamos preguntarnos una vez más si los latinoamericanos somos capaces de hacer filosofía, pero ¿no autoriza esto a deslegitimar la propia palabra del latinoamericano? ¿No es, *mutatis mutandis*, el *revival* de la Controversia de Valladolid? Ni hablar de la polémica en torno a América Latina. ¿Será que no tenemos identidad? ¿Será que no merecemos ni el nombre? O mejor: ¿será que ni siquiera existimos?

Nos encontramos ante una filosofía, la latinoamericana, que, ya sea como “tema” o como “tarea”, pareciera estar sitiada y obligada a inmovilizarse para seguir subsistiendo, pues el ensayo de cualquier gesto de reflexión podría volverse contra sí mismo. No entraré en la discusión sobre si esta característica es propia de la filosofía latinoamericana o si se trata de algo inseparable del quehacer filosófico: soy consciente de que toda filosofía, en gran medida, avanza destruyéndose –aunque no estoy tan convencido de que toda filosofía se atreva a poner en riesgo aquellas condiciones que la legitiman–.

En este escenario, es comprensible que la réplica a la propuesta lanzada por esta revista sea el silencio o la indiferencia, pues aquí, y contrariamente al dicho popular, el que habla, otorga.

Pero quizás exista una alternativa: asumir en plenitud cada una de las impugnaciones.

III

No se trata de aceptar las impugnaciones sin más, sino de admitir la apertura del debate al que ellas nos arrastran y de disponernos a cuestionarlo todo, en especial nuestro propio quehacer filosófico, incluso a riesgo de validar esas mismas objeciones.

Filosofía
latinoamericana (o
nuestroamericana)



Como ya sugerí, la propia filosofía tiene mucho de auto-referencialidad y de auto-destrucción; sin embargo, en lo que respecta a la filosofía latinoamericana estos elementos, que resurgen cada tanto –si es que alguna vez desaparecieron por completo– y que amenazan con desmoronar los mismos cimientos que la sostienen, asumidos plenamente nos pueden ofrecer la oportunidad de repensarnos en profundidad. No estoy hablando de un privilegio ni de algún tipo de “esencialidad” por la cual los latinoamericanos nos hallaríamos en condiciones de obsequiar un camino de redención a las otras

naciones oprimidas –cosa que, dicho sea de paso, ya se intentó–. Se trata, en todo caso, de un dato: la filosofía latinoamericana, sea como “tarea”, sea como “tema”, es materia de impugnación. ¿Qué haremos con eso? Mi propuesta es, como indiqué, asumir el debate que las impugnaciones posibilitan.

El motivo que me lleva a sugerir semejante propuesta es que los debates que históricamente se han abierto a partir de la asunción de las impugnaciones, lejos de ser un eterno estancamiento alrededor de lo mismo, por un lado, han permitido que la propia filosofía latinoamericana avanzara y, por el otro, han impedido la clausura arbitraria de discusiones fundamentales para Nuestra América. Cuestionar la filosofía latinoamericana y la capacidad del latinoamericano para elaborar una cultura original, por ejemplo, más allá de la aversión que en principio podría causarnos –sobre todo si la objeción se cimienta en argumentos con bases biologicistas–, no solo puso sobre la mesa cierto carácter “imitativo” de muchas de nuestras producciones, sino que también habilitó la discusión acerca de las condiciones de dependencia no estrictamente culturales –económicas y políticas, en esencia– que nos ciñen y alienan. Aportes como los de la Filosofía de la Liberación, los de las Teorías de la dependencia, los de la Teología de la Liberación y los del pensamiento decolonial, por citar algunos casos, aunque no hayan surgido sólo por di-

chos debates, probablemente sin ellos no hubieran tenido lugar. Y lo mismo cabe decir sobre las problemáticas en torno a la “identidad” latinoamericana. Ya sea porque se ha negado la posibilidad de pensarnos como totalidad o porque se ha pretendido diluir las diferencias bajo una unidad forzada, la discusión acerca de lo que somos –y soy consciente de lo cuestionable que resulta para algunos este “somos”– nos obligó y obliga a repensar las estrategias, los métodos, los marcos categoriales y el propio posicionamiento ético-político desde los cuales abordamos la temática. La filosofía intercultural tal vez sea el mejor ejemplo en este asunto.

De todos modos, la asunción del debate al que las impugnaciones invitan no debe medirse ni valorarse por el caudal de novedades al que da origen –aunque no es poca cosa–, sino por el estado de alerta constante al que nos predispone, puesto que en un subcontinente como el nuestro, marcado por una interminable lista de atrocidades, cerrar sin más algunas de estas cuestiones se parece bastante al olvido y la complicidad.

IV

La filosofía no se encuentra necesariamente en una posición preferencial para desempeñar esta labor. Otras disciplinas, en especial las provenientes de las ciencias sociales, tienen mucho que decir al respecto, incluso más que la filosofía. La diferencia está en que, como vimos, la filosofía latinoamericana, al ser arrastrada por las impugnaciones, pone en discusión incluso su propia validez. En este sentido, pareciera haber en ella cierta sinonimia con el mismo subcontinente americano: ambos avanzan objetándose, a riesgo de paralizarse si no se cuestionan y a riesgo de perderse si dejan de hacerlo.

Me imagino la reacción de quien lea estas líneas. “Bueno, está bien, aceptemos que la asunción de las discusiones ha traído sus beneficios, ya sea porque permitió que la filosofía latinoamericana avanzara o porque ha logrado un mayor grado de «conciencia social» acerca de nuestros problemas. Ahora bien, ¿significa eso que cualquier impugnación debe ser admitida? ¿No hay acaso ciertos límites? ¿Es legítimo y prudente volver sobre las mismas problemáticas tal y como se hizo en el pasado?”. No tengo respuestas defi-

nitivas para esto, pero sí algunas presunciones y varias sospechas. En principio considero que nunca las impugnaciones podrían ser planteadas y asumidas ahora de la misma forma en que lo fueron en otras épocas. Ya ha corrido demasiada agua bajo el puente como para repetir ingenuamente la historia. Nadie en su sano juicio, por ejemplo, alegraría hoy que una cultura tildada de “deficitaria” –la latinoamericana, por caso– responda a cuestiones de raza o enfermedad congénita. Deseo pensar que algo hemos aprendido. Sin embargo, el planteo de los problemas en cuanto tal continúa siendo válido y necesario. El desafío entonces no pasa sólo por atreverse a aceptar los debates que esas impugnaciones incitan, sino por saber construir los criterios bajo los cuales esos debates deben ser abordados. Quizás no deberíamos preocuparnos en sí por las objeciones a la filosofía latinoamericana sino por los intereses, los propósitos y el lugar político-epistemológico desde los cuales esas impugnaciones son lanzadas. Porque, en definitiva, más que una discusión académica, erudita y cerrada acerca de la filosofía latinoamericana, lo que se logra –o pretende– es entrever que detrás de esas objeciones está el propio estado del subcontinente.

Tal vez debamos cuestionarnos si el desarrollo fecundo de nuestra filosofía, en sí, posee alguna importancia real si no comporta o comportó jamás un beneficio por fuera de ella misma. Y no estoy negando el valor *per se* del quehacer filosófico. No. Solo me pregunto si podemos aquí, en esta comarca llamada –por ahora– América Latina, darnos el lujo de apostar por la construcción de una filosofía propia explícitamente ajena e indiferente a los graves problemas que nos aquejan. La propuesta de afrontar las impugnaciones es mi modo de responder que no. Entiendo que la iniciativa encuentre sus detractores y comprendo que la supuesta “pureza” del “amor a la sabiduría” se vería en entredicho. No importa o, mejor aún, quizás esa sea también otra forma de impugnación que corresponda evaluar. Y en todo caso, tampoco es para tanto: la pulcritud no es un problema cuando uno nace ya embarrado.

El dilema de la originalidad de la filosofía latinoamericana y la condición periférica

CLARA RUVITUSO

(MARIA SIBYLLA MERIAN CENTRE CONVIVIALITY-INEQUALITY IN LATIN AMERICA/
INSTITUTO IBERO-AMERICANO DE BERLÍN)

La filosofía latinoamericana (o sus variantes nacionales argentinas o mexicanas) sufre un singular síntoma: la pregunta recurrente sobre su existencia o posibilidad. Esto no ha ocurrido con las demás disciplinas que comparten pasillo en las facultades de humanidades. No se ha necesitado legitimar de manera tan recurrente y duradera la existencia u originalidad de la historia, la crítica literaria o las ciencias sociales latinoamericanas. Los miembros de esas comunidades académicas no se sienten incómodos con las categorías nacionales o regionales que contextualizan su quehacer. Pero, ¿qué ocurre con la filosofía? ¿Por qué algunos de sus miembros se incomodan al escuchar filosofía argentina o filosofía latinoamericana? ¿Por qué algunos otros se empeñaron en preguntarse sobre